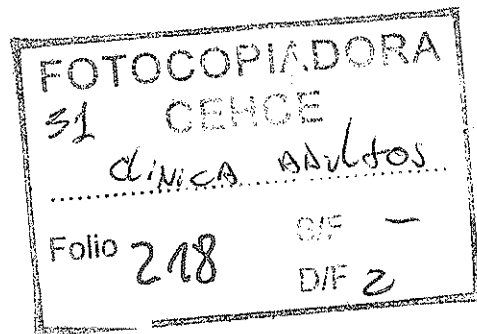


A. Cordié, R. Lefort, R. Lefort,  
P. Lemoine, J.-A. Miller,  
M. Silvestre, C. Soler

CLINICA  
BAJO  
TRANSFERENCIA

OCHO ESTUDIOS DE  
CLINICA LACANIANA



Manantial

## EL OBJETO EN UNA FOBIA

Colette Soler

Voy a decir *una* cosa, a propósito de *un* caso, una cosa que me parece haberse verificado por lo menos en dos casos.

Se trata de un caso de neurosis fóbica en una mujer. Conocida es la tesis de Lacan sobre el síntoma fóbico. El objeto fóbico, como "significante a todo uso para subsanar la falta del Otro", sustenta la función paterna, sostiene la metáfora.

Quisiera mostrar que, así como el síntoma fóbico restaura al padre, el fantasma, aquí, invoca al padre.

Esta formulación plantea de inmediato una pregunta, la de la especificidad del fantasma según las estructuras. Lacan afirmó siempre que las formaciones imaginarias no son específicas. Lo cual equivale a decir que no se pueden, en ese plano, definir tipos de fantasmas como se definen tipos de síntomas. Sin embargo, es indudable que el fantasma no se reduce al registro imaginario, en la medida en que su objeto es real, vuelve siempre al mismo lugar, y un lugar se define en lo simbólico. La pregunta es, pues: ¿aporta el síntoma una especificación al fantasma?

El caso, ahora.

No voy a desarrollar lo que funda el diagnóstico. Diré simplemente que la función del síntoma resulta especialmente patente. Los objetos fóbicos, lábiles a través del tiempo, pertenecen todos sin embargo a la misma serie, la del proyectil desgarrante. El síntoma restaura aquí al padre en su función de separación de la manera más límpida, casi sin transposición. ¿Hay algo más sencillo, en efecto, para servir "de arma a la guardia fóbica contra la amenaza de

desaparición del deseo”, hay algo más sencillo que el escoger como objeto el arma misma, más aún, un arma que fue escogida en un momento de desfallecimiento del padre —ella tenía entre tres y cuatro años—, escogida, digo, en el padre de la biografía: era un policía aparejado de moto y pistolas. Evidentemente, no se trata del padre castrado que el síntoma erige en lo imaginario; es, por lo contrario, un padre no castrado, e incluso, castrante.

Es a ese padre al que ella está identificada a nivel del yo. “Proyectada” siempre “hacia adelante”, según sus palabras, convirtiéndose ella misma en proyectil, y ello gracias a una sutil estrategia del proyecto, que no describiré aquí. Esta identificación es la que sostiene el yo autónomo, dinámico y conquistador con que viste contrafóticamente, retomo expresiones de Lacan, su angustia.

Se dedicó a reemplazar en lo imaginario el “al-menos-uno” que podría escapar a la castración. Adquirió con ello cierto haber, bajo forma de cultura, riqueza, e incluso dos hijos, que había querido tener y que tuvo. En ese contexto, el deseo masculino era para ella una amenaza y hasta una injuria.

A su llegada, ella misma formula su dificultad en términos de angustia de abandono. La angustia conduce aquí directamente al fantasma. Me servirá de él como hilo de Ariadna.

De los seis años de análisis extraigo cuatro secuencias prototípicas de momentos de angustia.

Aparece, sobre la escena, diría, un objeto que es exactamente contrario al proyectil, a saber, el objeto amorfo, el que no se mueve por sí solo, salvo en caso de caída.

De entrada, ya en las entrevistas preliminares, pasadas dos sesiones, mi respuesta en suspenso a su demanda de análisis ocasiona, junto con la angustia, esta pregunta: “Pero, ¿qué quiere Ud, de mí?”, seguida, después de un silencio, de esta frase que la deja desconcertada: “Soy un paquete en consigna”.

A continuación, surge un recuerdo. Del tiempo en que su padre se calló durante su depresión, pues a seguidas de un accidente que lo dejó inmóvil, pasó dos meses sin decir una palabra; de esta época le han contado sobre ella: “Eras como un paquete”. Quizás había comenzado ya a hacerse la amorfa, y habrá luego muchas otras variantes, hasta hacerse la muerta.

Un sueño ahora, repetido en el análisis durante meses e incluso años, cada vez menos frecuente, es cierto, hasta desaparecer al fin.

El sueño es muy sencillo: su marido la deja, sin una palabra, o bien con cierto tono, lo que la deja a ella sin voz; la angustia la hace perder el aliento y se despierta.

Por último, una crisis de angustia, repetitiva también, y descrita muchas veces. La menor discusión con su marido puede producirla, basta con que la discusión termine así: él sale sin una palabra. Ella queda entonces fuera del tiempo, el tiempo, dice, se ha detenido, toda llamada está suspendida, cree ahogarse. Se le ocurren dos ideas entonces: tendría que acostarse en el suelo, y esta otra, subir a la cima de la torre —vivía en una torre— y tirarse, de manera de caer a sus pies en el momento en que él saldría del garage; como un paquete, dice, sin darse cuenta.

¿Es el precio que hay que pagar para que Aquiles alcance a la tortuga? En todo caso, proyectil o paquete, es su propio *fort-da*. Cual Empédocles, que Lacan evoca precisamente a propósito de la operación de separación, por una suerte de báscula sacrificial, pagando imaginariamente con su vida, intenta encontrar el deseo del Otro, A tachado, deseo representado aquí por el paquete, paquete de regalo podría decirse, en que ella se convierte a través del sacrificio de sus virtudes proyectiles. Sin embargo, poniendo en juego de ese modo “la falta que produciría en el Otro con su propia desaparición, (...) lo que el sujeto llena no es la falla que encuentra en el Otro, sino la pérdida constitutiva de una de sus partes”.

¿Cuál es para ella esta parte, “a la merced del Otro” dice Lacan, cuya caída es revelada por la angustia, y que, hasta ahora, estaba cubierta contrafóticamente por la autonomía del yo?

El análisis va construyendo progresivamente la respuesta que ya estaba ahí. Para ella es una voz; no la voz, sino una voz. En el sueño o en las crisis de angustia lo que se juega no es que él la deje o que esté ausente; ella lo demostrará de todos los modos posibles. El rasgo es el silencio, o el “sin una palabra” o un cierto tono. En la transferencia ése es su *leitmotiv*. Por otra parte, hay que decir que el inicio de la relación privilegiada con este hombre ocurrió no en el instante de una mirada, sino a partir de una entonación. Tan poco se trata de abandono, que aguanta muy bien la ausencia con tal de que esta inflexión le sea dada.

Las crisis de angustia se desencadenan cuando le falta esta entonación. Entonación que ella evoca como indescriptible y a la vez fuera de duda. No es un timbre ni una palabra, ni música ni

mensaje, más bien mensaje de un mensaje, es decir, llamada. El fantasma aquí no es otro que el fantasma del neurótico, el que se escribe "S tachada punzón D mayúscula". Aquí, un paréntesis: esta voz se opone a otra, a la que se basta a sí misma y que ordena, la voz superyoica que dice no la falta del Otro, sino su voluntad.

Voy a mostrar ahora que, en el modo como esta voz-entonación vuelve siempre al mismo lugar, hay como una huella del padre.

Observo, en primer lugar, errores de fecha en los recuerdos que revelan que data su vida no a partir de su nacimiento sino a partir del momento en que el padre salió de su mutismo.

En segundo lugar, hay un relato de la madre que resalta, por contraste, dentro de cierto contexto. Contexto de memoria, naturalmente. El contexto está dado por la verbosidad desatada y llena de odio con la que el padre se aplicaba a disminuir a su mujer. Se halla dado también por la indiferencia sexual, no disimulada, de esta mujer constantemente anulada. En este contexto, la memoria de la paciente ubica un relato de su madre que evoca el encuentro con el padre, un padre otro, que ya motorizado hacía cientos de kilómetros, de día o de noche, para venir, a veces sólo por unos instantes, venir no a verla, sino... a hablarle. Y la madre añadía con nostalgia: entonces, era otro el tono.

¿Que metonimia sostenía las palabras de este hombre? ¿Era acaso, como para Bel Ami, la ostra evocada por esa oreja que él se dedicaba a encantar? Misterio. Queda (s)ce(l)lado, con la doble ortografía de la palabra: sellado en el sentido de fijo y celado en el sentido de oculto\*, queda celado en este relato el plus-de-goce del padre y, por lo tanto, también lo que pudo encantar a la madre. Pero el encanto fue efectivo: deja como huella de su acción un resto, el tono. Por este motivo, ese objeto cuya caída es revelada por la angustia, se convierte como en el soporte del deseo *del Otro*, en el doble sentido del "de", se convierte para la paciente en el emblema sensible "del representante de la representación en la condición absoluta".

Lo importante en este relato-ficción es que el padre, e incluso un padre otro, es evocado, o más bien invocado, en relación con el deseo opaco de la madre. La escena fija la posible conjunción del significante paterno con el objeto causa del deseo de la madre. Es como el

\* *Scellé y celé* en francés. [N.T.]

índice de una metáfora: Digamos que es una escena primaria no traumática en la que el nombre del Padre bajo la forma de padre-sonido, de persona\* copula, por la oreja, con el deseo del Otro. Así, el fantasma, en tanto deseo del Otro, es él mismo conmemoración —palabra que quiere decir, literalmente, recordar la memoria de una persona—, conmemoración del padre, del padre de la metáfora. Véase claramente aquí que el fantasma aporta una respuesta, en lo imaginario, a la opacidad del deseo del Otro; el "S tachado punzón a minúscula" especifica la barra del gran Otro tachado.

En este sentido, si bien el fantasma transmite angustia, también es un remedio contra otra angustia. Resulta especialmente evidente en la neurosis fóbica el que una angustia esconde otra. O más bien, la angustia de castración manifiesta en la relación con el objeto fóbico y oculta en el fantasma, esta angustia cubre otro riesgo que Lacan formula con una expresión tomada de Schreber: el dejar plantado. Ahí, sin duda, habría que situar la otra voz, la del superyó que no deja al sujeto más que la alternativa del goce masoquista, o más radicalmente la del acto de Empédocles. Eso es lo que remedia aquí el fantasma conmemorando al padre, y eso es, también, lo que impide la salida del campo de la neurosis.

*Traducción: Sol Aparicio*

\* Juego de homofonía en francés entre *père-son*, padre-sonido y *personne*, persona. [N.T.]